

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

consagrado à la

VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm 523

Alicante 11 de Diciembre de 1880

Año XI.

LA VÍRGEN MARIA.

¿Cómo no rendirla un tributo de adoracion, en unas páginas dedicadas à manifestar la bondad del cristianismo à ella, que es su joya más preciada?

La Vírgen María; modelo de la mujer perfecta, modelo de esposas y de madres, símbolo de la virtud, es la estrella brillante que se muestra en el horizonte del mundo, con el brillo eterno de su pureza y de su gloria.

Es nuestro amparo, nuestra esperanza y consuelo en este valle de lágrimas.

Es el faro divino hácia donde todas las almas se dirigen para hallar puerto de salvacion en las borrascas de la vida.

Mirad un cuadro que se presenta à vuestros ojos.

Los primeros destellos de una lí-

nea nacarada comienzan à iluminar vagamente los objetos.

Es la sonrisa de la aurora.

A sus pálidos fulgores que envian leve reflejo à las colinas, se observa un valle dilatado, sembrado de puntos blancos que se destacan entre alfombra de césped, formando caprichosas ondulaciones en las sinuosidades del terreno.

Acerquémonos más.

Son tiendas de campaña.

Brillan à intervalos las bayonetas de los centinelas, que vigilan en medio del silencio general.

A los pocos momentos éste se interrumpe; algunas patrullas de caballería se alejan de las avanzadas à practicar un reconocimiento.

Despues se escucha el toque de diana simultáneamente en toda la extension del campamento.

El movimiento se inicia y cunde luego en todas partes.

Grupos de soldados comienzan à

recorrer las calles formadas por las tiendas.

Relévanse las guardias, prepáranse los ranchos, los ayudantes circulan para recibir y comunicar las órdenes.

De pronto se oye una señal de alarma, seguida inmediatamente del toque de generala.

El enemigo se acerca.

A lo léjos se han descubierto los primeros tiradores de una línea de guerrillas, precursora del ejército contrario.

Las tropas forman con la mayor rapidez el general en jefe dicta sus disposiciones y esperan el ataque.

Pero el enemigo parece titubear y acaba de hacer alto.

Entónces el general da á su vez la órden de acometer, y las columnas se lanzan á la bayoneta en pós de las guerrillas, y protegidos por el fuego de su artillería.

¿No veis aquel intrépido cazador, que salvando breñas y colinas avanza hácia el enemigo, en la primera línea de los tiradores?

Al iniciarse el combate ha dirigido una mirada al cielo, con expresion de suprema esperanza.

Al propio tiempo invoca, lleno de fé, el dulce nombre de la Reina de los ángeles.

La lucha es terrible, encarnizada, sosteniéndose con valor por una y otra parte.

Por fin la victoria se decide en favor del ejército acampado.

El cazador, que se ha distinguido notablemente en tan ruda jornada, vuelve ileso.

Una vez en la tienda se arrodilla, desabrocha su capote, y descubre un escapulario de la Virgen del Cármen, que pendiente de una cinta cuelga de su cuello, y en el que imprime un ósculo respetuoso, lleno de fé y de viva gratitud.

Es el talisman que le ha dado su prometida al separarse de ella: con la sagrada imágen sobre su pecho, ella cree á su amante libre de las balas.

El participa de la misma creencia, y siempre que al terminar una accion de guerra se encuentra sano y salvo, siente aumentar su fé y su adoracion.

Mirad otro espectáculo.

Un espectáculo terrible é imponente.

Es el mar encolerizado, revuelto, agitado por el bramido de la tempestad.

Sobre las encrespadas olas, impedida en todas direcciones, flota una débil barquilla sorprendida por la tormenta léjos de la costa.

Los tripulantes son dos pobres pescadores, padre é hijo.

Ven acercarse su postrer instante. El Océano se prepara á devorar sus víctimas.

No hay esperanza humana para ellos.

Entonces sienten nacer en su corazón una divina.

Y ambos se postran en el fondo de la barca, pronunciando á la par sus labios el nombre de la Virgen.

En aquellos instantes una mujer pálida, presa de la mayor angustia, sale de un caserío, y despreciando el viento y la lluvia, corre fuera de sí hácia la playa.

Se hallan en peligro las vidas de sus seres más amados, anhela descubrirlos ¿qué la importa lo demás?

Es la esposa, la madre de los pecadores.

Tiende la vista en torno suyo, nada descubre, más que montañas de espumosas olas que azotan los peñascos con impotente furia.

Y la pobre mujer, bañada en llanto, cae de hinojos sobre la mojada arena, y entre sollozos y lágrimas.

Dirige á la madre de Dios una sentida plegaria.

Los ruegos de los tres no son estériles: poco despues se abrazan conmovidos y elevan á lo alto desde lo íntimo de sus almas la expresion de su gratitud.

En todas partes y en todas ocasiones, cuando el dolor desgarrá el corazón del creyente, invoca el nombre de la Virgen como suprema esperanza.

Penetrad en el estudio de los célebres pintores, en la morada de los poetas inmortales.

¿Falta inspiracion para sus pinceles y su pluma?

Vedlos evocar el recuerdo de la Virgen, tal como la describe, como la considera la Iglesia, y al punto se vigoriza su mente, se reanima su génio; la pluma consigna sobre el papel cantos sublimes, poemas admirables; el pincel crea maravillas en el lienzo, nos muestra la grandeza del arte inspirado en la divina idea, nos lega las *Virgenes* de Rafael, las *Concepciones* de Murillo... En todos los países donde se adora el santo signo de nuestra redencion, se rinde sublime culto á la Virgen.

Con distintas denominaciones, con tradiciones diversas, con prácticas más ó ménos en armonía con el verdadero espíritu religioso, raro es el pueblo donde Nuestra Señora no tenga erigido algun santuario, donde se celebren funciones que originen romerías y peregrinaciones, y son por lo general la fiesta á la vez de todos los lugares circunvecinos.

Prescindiendo de las muchas patrañas y errores á que la supersticion da lugar á ciertos puntos, lo cierto es que la adoracion á María, Reina de los cielos, se halla profundamente arraigada en los corazones cristianos, que la veneran sincera y ardientemente con una ú otra adoracion.

La madre de Jesús es la imagen más dulce, más espiritual y poética del cristianismo.

Se halla rodeada de tan celestial encanto, de tan divina fuerza, de tan inmarcesible aureola, representa tal conjunto de virtudes, de amor, de caridad y de consuelo, que el pensamiento se trasporta á regiones ideales, donde todo es luz, encantos, belleza y armonía.

Quando el alma acongojada sufre.

Quando busca en vano sobre la tierra un bálsamo para sus heridas.

Quando la tortura llega al último grado y no resta un quejido en el corazón, ni un ay desgarrador en el pecho, porque nuestro ser se halla inerte.

Entonces brilla aún á los ojos del creyente esa blanca estrella, que alumbra el horizonte con suaves resplandores, ofreciendo un *más allá* sin nubes ni celajes, tras las espesas brumas que oscurecen nuestra dicha.

Yo, padre mio, cuando acudo ante la tumba donde yacen los restos de mi adorada niña, cuando las lágrimas se deslizan sobre mis mejillas en la consoladora expansión del sentimiento, cuando beso el mármol que guarda esas cenizas idolatradas y contemplo la imagen de la madre del Salvador que he colocado ante la lápida, creo ver la maternal expresión de su rostro compasivo, créola ver que ante mi dolor se conmueve, ofreciéndome su amparo para amar en otro mundo mejor á ese ángel tan querido.

Y salgo del cementerio con el ánimo aliviado, y al elevar la vista al cielo creo ver aún la hermosa imagen de la Virgen cubriendo á mi niña con su manto protector y llenándome de dulce esperanza, mientras por la Virgen y por el ángel dice mi corazón: ¡bendita seas!

Enrique Ceballos Quintana.

LA FAMILIA CRISTIANA.

Quiero hablaros de la familia, una de las más bellas obras de la mano divina, porque es el conjunto de los más castos y puros afectos, de los más santos deberes, de las más dulces alegrías: es el origen de la sociedad moral y cristiana, el libro de las más hermosas tradiciones, el arca sagrada que guarda las costumbres y los principios, y, en una palabra, es una de las cosas más santas y más bellas que se pueden admirar en la tierra.

No hablo aquí de la familia inmoral, irreligiosa y casi diré pagana de este siglo de corrupción y desorden que atravesamos; porque ésta lleva en su seno la maldad, la ruina y la perdición de los pueblos, y cubierta tal vez con el odioso manto de la hipocresía, falsificando los puros sentimientos de la caridad y el amor, siembra el veneno que ha de

dar cosecha abundante de luto, de exterminio y de pesar.

No; no pretendo hablar del repugnante cuadro que ofrece la familia *despreocupada*, sino del adorable conjunto que forma la union de unos seres buenos y honrados que constituyen la familia católica, tal como la formó Jesús, tal como la quiere la Iglesia, tal como la pide la sociedad para su adelanto y su bienestar.

La familia es el sostenimiento del edificio social.

Es el progreso bien entendido, la civilizacion, la fuente de donde manan el amor, la dicha y el sosiego.

Por eso el implacable genio del mal se empeña en destruirla, desatando de este modo los lazos formados por la mano del mismo Dios.

¡Infeliz del que no tiene hogar, padres, hijos, hermanos! que vaga solo como pájaro perdido, sin comprender los sublimes goces de la paternidad, la santa efusion del cariño filial, la ternura, el amor, la dulce caridad!

«Si la familia fuese aniquilada como proponen algunos, dice un autor cristiano, con sólo que el amor de la familia llegase á extinguirse en los corazones, nada más se engendraría de esa suerte que un feroz patriotismo consagrado por instinto á la destruccion; pasaria por la humanidad como un mónstruo devastador, dejando en pós de sí derruidas las cosas más santas y los pueblos sumi-

dos entre las ruinas, porque todo patriotismo que no ha surgido en el corazon del hombre de las fuentes de la paternidad, es un patriotismo falso y por consiguiente exagerado, fanático y las más de la veces horriblemente cruel. ¡Ah! conocemos muy bien á dónde van á parar los que quieren la disolucion del matrimonio, la ruina de la familia, la inmoralidad en el hogar! Conocemos bien ese género de patria que se quiere alzar sobre los escombros de la familia, de la propiedad y de la religion: es aquella lúgubre divinidad que tiene por sacerdote al verdugo, por altar el cadalso, por adoracion el temor y por sacrificio la matanza.»

El que ama á la familia ama el órden, la prosperidad de la patria, la sociedad en que vive: la madre que le acaricia, el padre que le enseña, la esposa y el hijo que endulzan sus amarguras; sus vínculos, sus tradiciones, sus costumbres, son fuertes cadenas que le atan al altar del deber, del amor, de la virtud que le impiden caer en el precipicio, á donde van á dar los desdichados que de todo esto carecen.

El padre, que representa la autoridad, la madre el amor, el hijo la obediencia, son tres figuras interesantes que absorben la atencion de todo el que sabe pensar y sentir.

La familia es la antorcha del progreso cristiano.

Y sin amor de Dios la familia no

puede existir tal cual ella debe ser; sin amor de Dios no hay amor del prójimo; los esposos vivirán desunidos, los hijos no amarán ni respetarán á sus padres, la madre carecerá de fortaleza para cumplir sus deberes, la hija no los conocerá siquiera, y unos y otros serán instrumentos de su propia desgracia y de la de la sociedad.

A las madres está confiada la parte más difícil de esta penosa tarea; á ellas está encargada la misión de formar el corazón de los hijos, de inculcarles ideas de caridad, de hacerles religiosos y fuertes para que sirvan á la patria y formen despues una familia tan santa como aquella entre la cual se educaron y vivieron, hasta que Dios les llamó al cumplimiento de nuevos y penosos deberes.

Una familia que diariamente se reúne para bendecir al cielo, unos hijos que reciben la amorosa bendición de sus padres, son un modelo de lo bello y de lo bueno.

Hojead las páginas de la Biblia, mujeres buenas y amantes que procurais cumplir vuestros deberes; ved aquellas santas familias de la antigüedad, y decid si se parecen á las de nuestros días.

Blanca de Castilla, Isabel de Hungría, Juana de Chantal, esas madres tiernas, fuertes y santas, ¿no deben ser la sombra que persiga á esas mujeres que no viven más que para el lujo, el tocador y la vanidad?

Preguntad, madres cristianas, preguntad como Saulo: *Señor, qué quereis que haga?* Y obrad conforme á la inspiración de la gracia.

Una madre de familia cristiana no consiente en manera alguna que sus hijas sean el adorno obligado de todas las fiestas; no las llevará haciendo gala de sus encantos, ultrajando el pudor, matando á la modestia, ofendiendo las castas miradas con sus brazos y pechos desnudos; no permitirá que de tanto verla en todas partes se hastíen de ella y la miren con burla y repugnancia.

Esa misma mujer que lleva el nombre de esposa y madre, no se lanzará á la constante agitación del placer; no disipará su caudal, y, si lo hace, no es buena cristiana. Esa mujer esclava del mundo, cuando llegue al invierno de su edad, tendrá el pecho helado como el mármol y será víctima del tédio y de la desesperación.

¡Ah! no es Jesús quien preside los actos de esas familias paganas del siglo XIX; es Satan, su aliado, que con risa de triunfo vé que sus esfuerzos no son inútiles y que darán ellas en el abismo por el camino del deleite y de la impiedad.

En la familia cristiana de todos los tiempos, en la familia que Jesucristo bendice y el ángel del bien cubre con sus alas; en la que la madre toma por modelo á María Inmaculada, allí no hay más que paz y amor,

y ella, con sus santas oraciones, su vida modelo, su prudencia y su fé, hará frente á todas las tempestades; si, creedlo, podrán combatirla cien tentaciones, pero la familia cristiana será siempre feliz, porque Dios le dá todos los dias su paternal bendicion.

Á LA PURÍSIMA VIRGEN MARIA.

ORACION.

Blanca azucena del jardin del cielo,
místico vaso de pureza kenchído,
astro de eterna luz, dulce consuelo
de aquel que vaga por la mar perdido:

Héme aquí posternado ante tus aras,
contrito el corazon: mi ruego escucha.
Si al que te invoca, bondadosa amparas,
no me abandones en la horrenda lucha.

Mi salvacion en Ti cifro tan sólo.
Virgen á quien venero, Virgen pura,
no permitas jamás que negro dolo
manche del alma la inmortal blancura.

No permitas que el Angel de mi guar-
de mi se aleje ruboroso y triste, (da
ni se envilezca con pasion 'bastarda
el que Tú, dulce Madre, redimiste.

¡Mira qué débil soy!... ¡Mí incierto
por los eriales de este mundo guía, (paso
para que allá do el sol no tiene ocaso
pueda en tus brazos reposar un dia.

Angela Grassi.

VARIEDADES.

LA ESPIGA DEL CENTENO.

Si pasais por el campo á poco de haber descargado la tormenta, vereis que las espigas del centeno están mústias y como tostadas: esto, segun refiere un escritor aleman, sucede á causa de su orgullo. Hé aquí la leyenda:

Un dia, el sáuce, la golondrina, el trigo, la margarita y el centeno se hallaban reunidos en un valle á tiempo que las nubes aglomeradas hacian presagiar una próxima tormenta.

La golondrina, como era la avisada, fué la primera que buscó un lugar de refugio en el tronco del viejo sáuce. Este, á quien los años habian dado experiencia, inclinó su ramaje casi hasta besar el suelo. El trigo inclinó sus preñadas espigas; solo el centeno permaneció erguido y como desafiando á la tormenta.

—Bájate, le decian sus compañeros, bájate, no seas necio; el hombre, aunque más fuerte que nosotros, no se atreve á desafiar el rayo.

—¿Quién ha dicho eso de que los hombres son más fuertes que nosotros? Yo por mí no reconozco superior, nada me intimida, y lo probaré mirando frente á frente al relámpago.

Dijo, y en aquel punto mismo es-

talló la tormenta, hendió el rayo las nubes, la lluvia y el granizo descendieron á la tierra, y el orgulloso centeno quedóse mústio y humillado en presencia de sus compañeros.

Después que pasó la tempestad, el Señor tendió su arco en el cielo. El sáuce volvió á elevar sus ramas, la golondrina salió de su escondite y cantó regocijada, la margarita desplegó sus pétalos embellecidos con las gotas de la lluvia, el trigo enderezó sus rubias espigas; sólo el centeno permaneció abatido y como quemado en justa pena de su loca vanidad.

Desde aquel dia, siempre á igual pecado sigue igual penitencia, porque no en vano se dijo: «Todo el que se ensalce será humillado.»

CULTOS RELIGIOSOS.

Hoy sábado, en la Colegial, á las ocho, y en Sta. María, á las nueve, misa de renovacion.

En la Colegial, al toque de oraciones, se hará la novena privadamente á la Inmaculada.

En las Agustinas, á las ocho, misa de comunión general. Por la tarde á las tres y media, ejercicio de Felicitacion Sabatina.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y cuarto, misa conventual, con sermon á cargo del Sr. Canónigo Magistral D. Casiano Quilez. Por la tarde, minerva con sermon que predicará el Sr. Abad.

En Santa María, á las diez, misa y sermon, á cargo de D. José Baeza, canónigo. Por la tarde, á las tres y media, continúa la novena de la Purísima, predicando D. José Juliá, presbítero. En los demás dias, á la misma hora, y en el último, terminará con la bendicion de S. D. M.

En Ntra. Sra. de Gracia, á las tres y media de la tarde, se rezará el Santo Rosario y Minerva con sermon que predicará D. Tomás Domenech, vicario de la misma.

En San Roque, tambien á la oracion, despues del Santo Rosario, se explicará la Doctrina Cristiana por el M. I. señor Abad de la Colegial.

Mártes.—En las Agustinas á las siete y media misa de renovacion y por la tarde, trisagio.



Por disposicion de los Canónigos albaceas del difunto Sr. Abad de la Colegial

D. FRANCISCO PENALVA,

se celebrará el lunes 13 de los corrientes y dia que hace el año de su fallecimiento, diario de misas en todas las iglesias de esta capital.

ALICANTE:

Imprenta de Antonio Seva,
plaza del Progreso, n.º 5.